

Conservar la ilusión a lo largo del camino de la vida¹

1. *¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos surgir su estrella y hemos venido a adorarlo²*. Fue esta la desconcertante pregunta que unos hombres ricos y poderosos, ataviados con ropajes inusuales y acompañados de una aparatosa comitiva, hicieron al llegar a Jerusalén.

Un feliz día, en su país de origen, apareció en el firmamento esa peculiar señal y aquellos hombres sabios vieron en ella una llamada de lo alto. Una señal lo suficientemente clara para realizar una compleja expedición en busca de un niño recién nacido. La narración que acabamos de escuchar es de san Mateo, que es mucho más parco en detalles que san Lucas. Por lo tanto, nos tenemos que conformar con ese vago “de Oriente” con el que se describe su procedencia. Y con el término “magos” para saber su profesión. Si venían de Persia (lo que es muy probable) allá los magos eran sabios dedicados a la observación de las estrellas y de las diversas fases de la luna. Y, con esos elementos “científicos” buscaban señales para la interpretación de los sucesos de la historia. E incluso para escrutar misteriosos presagios sobre el futuro.

No sabemos exactamente cuántos eran. La tradición habla de tres (aunque podían ser más) y les asigna unos nombres: Melchor, Gaspar y Baltasar. Lo cierto es que vieron la estrella y se movilizaron, sin detenerse hasta conquistar la meta que se había propuesto: encontrar y adorar al rey de los judíos.

En ellos la Iglesia ve el cumplimiento de la antigua profecía de Isaías: *Levanta los ojos y mira alrededor: todos se reúnen y vienen a ti (...) Te inundará una multitud de camellos (...) procedentes de Madián y de Efé. Vendrán todos los de Sabá trayendo incienso y oro³*. En efecto, se trata de la primera manifestación –Epifanía– de nuestro Salvador a personas ajenas al pueblo de Israel.

Mientras los sacerdotes judíos estaban ocupados en sus cosas, lejos de Belén; mientras el rey Herodes y su corte estaban inmersos en sus intrigas y desenfrenos; estos buenos hombres, procedentes de los gentiles, estos extranjeros, realizan un largo y costoso viaje hasta encontrarse con Jesús.

2. San Josemaría solía ver en esa misteriosa estrella una metáfora de la vocación divina, de la llamada de Dios a sus hijos en la Iglesia: ***La vocación es lo primero; Dios nos ama antes de que sepamos dirigirnos a Él, y pone en nosotros el amor con el que podemos corresponderle⁴***.

La expedición de los magos, evidentemente, no fue fácil. Podemos imaginar lo que serían aquellas rutas en la antigüedad. Los peligros de asaltantes y piratas, los malos caminos, las inclemencias del tiempo, y tantas otras cosas. Pero aquellos hombres siguen

¹ Homilía en la Epifanía del Señor, 2018.

² *Mateo 2, 2.*

³ Primera lectura, *Isaías 60, 4-6.*

⁴ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 33.

adelante con la mirada clavada en la estrella que brilla en el horizonte. Mientras este fulgor permanezca, no parece haber problema. Pero lo desconcertante del relato es que en un momento determinado la estrella desaparece. Y, como es comprensible, surge el desconcierto.

3. Nosotros también, queridos hermanos, tenemos una vocación. Cada quien ha visto, de alguna manera, su propia estrella y la ha seguido. Si nos ocurriera, como a los magos, que de forma inesperada y dolorosa desaparece, podríamos recordar también lo que enseñaba nuestro patrono: *Si la vocación es lo primero, si la estrella luce de antemano, para orientarnos en nuestro camino de amor de Dios, no es lógico dudar cuando, en alguna ocasión se nos oculta*⁵.

Vale la pena apuntar que, según el texto sagrado, no tenemos noticia de que los magos, desanimados, volvieran atrás en su aventura. Lo que hicieron fue pedir consejo, acudir a quien razonablemente podría ayudarlos. Para luego seguir adelante.

¡Pues aprendamos nosotros a hacer lo mismo! En nuestra vida interior, como la convivencia matrimonial, en la carrera universitaria, en el deporte y en tantas otras circunstancias de la vida pueden darse penumbras, zonas de turbulencia o de confusión que son completamente normales. Y en absoluto significan que la vida haya perdido su sentido. O, peor aún, que estemos ante un fracaso irremediable. Lo que ocurre sencillamente es que algo no va bien y necesita ser corregido. Que hace falta la ayuda de una persona competente y generosa que desde afuera, con objetividad, como un buen médico, nos ofrezca un atinado diagnóstico y el correspondiente tratamiento. Si somos humildes y dóciles. Si nos dejamos ayudar, con la ayuda de Dios, en un breve lapso tiempo veremos resultados satisfactorios. Y podremos recuperar, con ilusión renovada, el buen camino.

La clave está en encontrar esa persona que nos pueda ayudar. Puede ser un asesor externo, un consejero matrimonial, un buen profesor o entrenador deportivo. Si el problema es de tipo espiritual, la tradición cristiana lo denomina *el buen pastor*. Escuchemos, una vez más, a san Josemaría: *Permítanme un consejo: si alguna vez pierden la claridad de la luz, recurran siempre al buen pastor (...). Vayan al sacerdote que los atiende, al que sabe exigir de ustedes fe recia, finura de alma, verdadera fortaleza cristiana*. Será él quien mejor pueda ayudarnos *a levantar la vista y volver a ver en lo alto la estrella del Señor*⁶.

4. *Se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto surgir, comenzó a guiarlos (...) y se llenaron de una inmensa alegría*⁷. Que no nos quede ninguna duda: *En esta vida todo se arregla, menos la muerte. Y la muerte, si llegara a venir, lo arregla todo*. Los problemas de este mundo siempre tienen solución. Tomemos ejemplo de los magos que siguieron adelante, con ilusión, alcanzaron la meta y fueron muy felices encontrando a Jesús con María, su madre, y ofreciéndole sus dones. Pues nosotros, con la ayuda de Dios, igual.

⁵ *Ibid.*, n. 35.

⁶ *Ibid.*, n. 34.

⁷ *Mateo* 2, 9-10.

Francisco A. Cantú, Pbro.
Santa Fe, Ciudad de México, a 7 de enero de 2018